

EL DIABLO COJUELO.

HABANA 19 DE ENERO DE 1869.

Nunca supe yo lo que era público, ni lo que era escribir para él, mas á fé de diablo honrado, aseguro que ahora como antes, nunca tuve tampoco miedo de hacerlo. Poco me importa que un tonto murmure, que un necio zahiera, que un estúpido me idolatre y un sensato me deteste. Figúrese usted, público amigo, que nadie sabe quien soy: ¿qué me puede importar que digan ó que no digan? Diránme que en nada me ajusto á la costumbre de campear por mis respetos, — que nada mas significa esta comezon de publicar hojas anónimas con redactores conocidos, — diránme que soy un mal caballero; amenazaránme con romperme los brazos, ya que no tengo piernas, mas, á fé de osado y mordaz escribidor, prometo y prometo con calma que á su tiempo se verá que este *Diablo*, no es un diablo, y que este *Cujo* no es cojo.

Esta dichosa libertad de imprenta, que por lo esperada y negada y ahora concedida, llueve sobre mojado, permite que hable usted por los codos de cuanto se le antoje, menos de lo que pica; pero tambien permite que vaya usted al Juzgado ó á la Fiscalía, y de la Fiscalía ó el Juzgado lo zambullan á usted en el Morro, por lo que dijo ó quiso decir. Y á Dios gracias, que en estos tiempos *dulces* hay distancia y no poca de su casa al Morro. En los tiempos de D. Paeo era otra cosa. Venia us-

ted del interior, y traia usted una escarapela?—al calabozo!—¿Habló usted y dijo que los insurrectos ganaban ó no ganaban?—al calabozo!—¿Antojábasle á usted ir á ver á una prima que tenia en Bayamo?—al calabozo!—Contaba usted tal ó cual comentario, cierto episodio de la revolucion?—al calabozo!—Y tanta gente habia ya en los calabozos, que á seguir así un mes mas, hubiera sido la Habana de entonces el Morro de hoy, y la Habana de hoy el Morro de entonces. Puede por esto colegirse lo que por acá queremos á aquel buen señor, de quien dirán las historias que se despedia á la francesa.

Pero no hay solo libertad de imprenta: hay tambien libertad de reunion. Quiere un zángano ganarse prosélitos, y héteme aquí que junta al honrado fidalgo, dueño de quinientos negros; al famoso *jockey*, dueño de otros cuantos; al mayordomo de cierta señorona, y á un maestro que tiene un cerebro mas pastelero que la mismísima pastelería. Dícese allí que es una iniquidad la abolicion, en lo cual yo no me meto; y que la insurreccion es la ruina del país, en lo cual por ahora tampoco tomo cartas; y dícese otras muchas cosas que tal parecen salidas de cerebro de enfermo. Y en estas y en otras se concluye la importante sesion, satisfechos los parlanchines de haber dicho muy grandes cosas.